



## Qué hora son mi corazón

PEDRO LEMEBEL<sup>90</sup>

Ya lo conocía, había estado con él hace unos años cuando me lo presentó mi amigo Adolfo. Esta vez, entra la África Sound corriendo con un diario en la mano gritando: Manu Chao está de regreso, tienes que presentármelo. Y era cierto, otra vez estaba por acá mi rockero de mirada lánguida y corazón inquieto. Y claro que iremos a conocerlo, tranquilicé a la África, que de inmediato comenzó a pintarse como mona para que Manu le diera alguna pelota. Pero esta vez tuvimos que viajar a la Pintana donde ofrecía su primer concierto gratis para la pendejada del arrabal sur. ¿No estaré un poco vieja para estos trotes musicales?, le pregunté a la África mientras íbamos apretadas en el metro, ella me miró despectiva haciendo una mueca. Las locas no sabemos de edad, niña, en la noche, todas somos gatas pop. Y era cierto, la noche caía a raudales en el estadio cuando entramos directo a los camarines donde los músicos giraban en torno a un cóctel diet. Y donde está Manu, repetía la Afri angustiada, mientras yo buscaba una copa para resistir el impacto de ese reencuentro. Nadie toma hasta que finalice el recital, me indicó alguien de la producción. Mejor así, me dije al descubrir a Manu emergiendo acuarelado en el lago de los jóvenes. Vino directo a mí sonriendo, y nos abrazamos como grandes cómplices. Te presento a una amiga, le dije mientras la África le estiraba su mano enguantada de le-

**90** Pedro Lemebel nace en Santiago de Chile, en 1955, es escritor y artista visual. En 1987, es cofundador del colectivo de arte Yeguas del Apocalipsis, que realiza un extenso trabajo plástico en performance, fotografía, video e instalación.

Desde 1989, ha publicado sus crónicas en diversos medios nacionales y extranjeros. En 1996, realiza el programa Cancionero en Radio Tierra. Ha sido invitado a la Bienal de La Habana en 1996, Universidad de Harvard el año 2004, Universidad de Stanford el 2007, Universidad de San Marcos el 2003. El año 2006, Casa de Las Americas le dedica una semana de autor en La Habana, Cuba.

Ha recibido el premio Fondart en proyectos de creación. También la beca Guggenheim en 1999. Y el premio Anna Setgers en Berlín el año 2005. En los últimos, años sus obras han sido representadas en teatro y en trabajos audiovisuales. Ha sido traducido al inglés, alemán, italiano y francés.

Su obra la forman los libros *La esquina es mi corazón* (1995), *Loco Afán (crónicas de sidario)* (1996), *De perlas y cicatrices (crónicas radiales)* (1997), *Tengo Miedo torero* (novela 2001), *Zanjón de la Aguada* (2003), *Adiós mariquita linda* (2005) *Serenata Cafiola* (2008), *Bésame otra vez forastero* (2008 Italia), *Reinas de otros cielos*, (textos críticos compilados por Fernando Blanco) (2004)

Contacto: Lemebel@hotmail.com



opardo. Qué hora son mi corazón, le susurró ella con su boca zulú. Manu solo rió divertido y se disculpó para subir al escenario corriendo. Qué hora son mi corazón, repetía la África, azul e hipnótica, mientras la multitud encrespada en la música amenazaba echar abajo las rejas de contención. Podrías haberlo presentado tú, me sugirió la Afri mirando a Manu guitarrear rabiosamente dulce bajo los focos tristes del Santiago sur. No le respondí nada, pensando locamente en la posibilidad. Sería coherente, insistió ella, bebiendo un trago que le ofrecían los chicos de la Pintana a través de la reja. ¿No es verdad Manu que Pedro te podría presentar?, le dijo de golpe, cuando el bajó sudando del escenario. Y claro, mañana en la Estación Mapocho, respondió Manu mirándome fijo. Lo harías, he Pedro. Y como rehusarme ante su boca trovera. Al salir, agarré del pelo a la Africa diciéndole: Mira en la que me metiste loca intrusa. Ahora tengo que enfrentar un estadio de pendejos salvajes con mis letras cursis. Todo por tu boquita sugerente. Que venga el burro y te lo cuente, me contestó de lo más freak. Que tanto, agregó, si es tu mismo público. Pero no era el mismo público, mi amo-or. Nos dimos cuenta al llegar al otro día a la Estación Mapocho, donde una policía blindada, nos cerró el paso pidiéndonos credencial o invitación. Este era un concert pagado, y era otra manga juvenil la que rebalsaba el recinto acordonado con policíaca seguridad. Bueno, viste que no podemos entrar, le dije a la África, guardando el texto que había escrito volada-enamorada la noche de anoche. Pero allí apareció un productor que nos puso en la solapa un tarjetón de invitadas special y entramos sopladas al recinto VIP de los músicos. Casi no alcance a tragarme el suchi, cuando me llevaron al enorme escenario. Y a través del humo de los focos, vi la selva aullante de pendex esperando a Manu. Y que hago yo aquí. Soy como la tía telonera de Manu. Estaba petrificada. No puedo, no puedo, me repetía para mis adentros tiritando en los tacos. Pero la Africa que venía atrás, me empujó al fuego de las luces. Atrévete chica, sin miedo. Y bueno ya estaba allí, encandilada, frente a un mar de público frenético que no callaba. Y sin importarme los gritos y las pifias, comencé a leer:

Cada vez que Manu aterriza por estos suelos, se confunde entre nosotros su figura pendeja que canta enamorando multitudes (gritos, besos y silbidos) contaminando de bella rebeldía a los jóvenes que aventuran su vida proletaria, chiloca y chilombiana bajo la luna chuzca del tercer mundo (seguían gritando sin entender ni weas). Quizás, de idealizarlo en estos cielos cojos de Latinoamérica. Manu o Manito, como le dice la pendejada que transpira ternura rock (más



gritos y chiflidos) Manito del alma, a veces imperceptible, casi desaparecido. Nunca donde lo busca la farándula alternativa (pifias) Pero si, en la Pintana, La Victoria, con los presos políticos, en Playa Ancha y Villa Francia (gritos y aplausos). Cómo no querer a un tipo así. Casi un patipelado pelusa que abre la boca en el escenario y se agranda, crece y se agiganta en su candombeo chulo y rockerisimo trovar (menos gritos). Canturrea fronteriza la utopía asalariada, y en la garganta de Manu respira su anónimo asesar (casi silencio) Cada vez que nos visita, se nos quita un poco la soberbia (silencio) Porque Manu le canta a la historia y la hace llorar. Porque Manu recita la historia y la hace bailar.

Y entonces, los aplausos se confundieron con el estallido de la música. Qué hora son mi corazón, murmuraba la África mirando a Manu sonámbula de amor junto al escenario. Qué hora son mi corazón, cantaba suave, como si en su boca se juntaran todas las horas del mundo, todos los minutos del mundo, campañeando la injusticia en su letánico rockear.